

## CAPÍTULO XV

### LA RESPONSABILIDAD

So when a good man dies,  
Forh years beyond his ken,  
The light he leaves behind him lies  
Upon the paths of men.

LONGFELLOW (1).

For his chaste muse employed her heaven—taught lyre  
None but the noblest passions to inspire,  
Not one immoral, one corrupted thought,  
One line which, dying, he would wish to blot.

LORD LITTLETON, *on Thomson* (2)

Learn as if you were to live for ever; live  
As if you were to die to morrow.

ANSALUS DE INSULIS (3).

El deber empieza con la vida y termina con la muerte. Abarca toda nuestra existencia. Nos manda que hagamos lo que es justo, y nos prohíbe hacer lo que es culpable. Empieza con la educación de los niños. Nos manda alimentarlos, instruirlos, educarlos, y conducirlos, por medio del ejemplo, por el sendero del bien.

El deber nos acompaña a través de toda nuestra vida. Sale de nuestras casas en auxilio de los demás. El patrón debe obligaciones a sus servidores, y los servidores a sus patrones. Estamos obligados para con nuestro vecino, nuestro pueblo y nuestra patria. El cumplimiento de nuestras obligaciones para con todos encierra una inmensa responsabilidad. Nadie puede hacer una verdadera vida, si no conoce este sentimiento y no obra enérgicamente de conformidad con él.

(1) Así, pues, cuando muere un hombre bueno, por muchos años más allá de lo que se puede ver, se halla sobre la senda que recorren los hombres, la luz que deja en pos de sí.—LONGFELLOW.

(2) Porque su casta musa empleaba su lira inspirada por el Cielo, tan sólo para inspirar las más nobles pasiones, ni un pensamiento immoral ni corrompido, ni una sola línea, que al morir hubiese querido borrar.—LORD LITTLETON, *sobre Thomson*.

(3) Aprende como si hubieras de vivir siempre; vive como si hubieras de morir mañana.—ANSALUS DE INSULIS.

En la sociedad humana necesitan su propia observancia los derechos sociales. Cuando se debilita el sentimiento de la responsabilidad, marcha a su ruina la sociedad. «Perecería la raza humana—dice sir Walter Scott—, si entre ellos cesasen los hombres de ayudarse. Desde el momento en que la madre vuelve la cabeza de la criatura, hasta el momento en que algún bondadoso asistente enjuga la humedad de la frente del moribundo, no podemos existir sin la ayuda mutua. De consiguiente, todos los que necesitan ayuda, tienen derecho de pedirla a sus semejantes. Ninguno que tenga el poder de concederla puede negarla sin faltar.»

En obras anteriores nos hemos esforzado en presentar las grandes virtudes de un buen ejemplo. Es lo más apreciable de todas las cosas. Dar el mejor ejemplo que nos sea posible, es una de nuestras más elevadas responsabilidades. El ejemplo enseña mejor que el precepto. Es el mejor modelador del carácter de los hombres y de las mujeres. Vivir honradamente es el mejor predicador. Dar un elevado ejemplo es el más rico legado que un hombre puede dejar en pos de sí; y ser el ejemplo de un noble carácter es la más valiosa contribución que un hombre puede dar en bien de la posteridad.

Todo esto exige fe, calor, modestia, desinterés. Las tentaciones persiguen a todos los hombres, pero con la fe y el valor, nos hallamos en aptitud de burlarnos de ellas. El deber exige de nosotros que seamos castos y afectuosos. La justicia repudia toda forma de egoísmo, de opresión y de crueldad. La confianza en Dios lleva en sí la seguridad de que el bien tiene que dominar al mal universalmente. «La victoria del bien sobre el mal—dice Mr. Erskine de Ellon—, es la conversión de todos los seres malos en seres buenos; es convertir la obscuridad en luz, y enderezar las cosas torcidas.»

Los hombres mejores y más rectos pueden tener instantes de duda y de debilidad, pueden sentir que se conmueve debajo de ellos la columna de su fe; pero, si son los mejores y los más rectos, vuelven a levantarse de su desfallecimiento recurriendo a los buenos principios. Debemos creer que el Universo está sabiamente ordenado, y que todo hombre debe conformarse con un orden que no puede alterar; que todo lo que ha hecho la Divinidad es bueno; que todo el género humano se compone de hermanos nuestros y que debemos amarlos y protegerlos, y procurar hacerlos mejores, aun a aquellos que nos pudieran causar algún daño.

Nadie puede creer realmente en el sistema de la negación. La negación nada puede hacer por los hombres. Puede destruir, mas no puede construir. Es la muerte para la parte mejor de nos-

otros. Acaba con la fe y la esperanza. El mal no puede ser vencido solamente con pronunciar meros términos ridículos de condenación, sino por la bondad real, activa y eficaz.

Hasta la ciencia ha triunfado por medio de la fe. La negación nunca ayudó a Newton a arrancar de la Naturaleza sus secretos de las leyes del movimiento. Képler laboró teniendo creencias, y con ellas laboraron Dalton y Faraday. El profesor Pitchard dice: «No era en el escepticismo sino en la fe, en lo que Herschell, padre, giraba hora tras hora sus vidrios fatigados pero observadores, alimentado por la mano de una hermana, y no descansando hasta que había concluido sus espejos, no dudando que ellos, a su debido tiempo, le revelarían la construcción de los cielos materiales. Y en el espíritu igual de amante confianza se desterró su admirable hijo al lejano Sud, hasta que hubo completado la obra que su padre había comenzado, escribiendo para todos los siglos *caelis exploratis* en el escudo de su fama.»

La negación nos deja solamente el desaliento y la desesperación. De todo se duda, de la fe en Dios, la fe en el hombre, la fe en el deber, la fe en todo, excepto en nosotros mismos y nuestros placeres. «Fuera de esto, todo es pasión, confusión, egoísmo, obscuridad, en que la personalidad se abdica, y el alma no encuentra dirección. El método de nuestra vida debe medirse por sus oportunidades para la actividad en la senda de las leyes y propósitos divinos; y en esa senda se halla la libertad, libertad sin la cual no hay para el hombre verdadera vida.»

Un hombre que estaba muriéndose en su lecho de enfermo, se preguntó a sí mismo cierta vez: «¿Ha resultado algún bien de mi vida? ¿Qué corazón he aliviado? ¿Qué dolor he mitigado? ¿Qué hogar he protegido? ¿Qué bien he hecho yo? ¿Es mejor el mundo porque yo haya vivido en él?» Las respuestas dadas a estas preguntas que se hacía a sí mismo eran negativas. Cuando el hombre se levantó de su lecho de enfermo, era un hombre más sabio y mejor. Desde esa época se empleó en hacer el bien. Encontró muchas oportunidades para ser benéfico. No había necesitado sino la voluntad y la resolución. Las halló en la ley de Dios. La religión no es sino el vínculo del amor eterno. El amor, más grande que la esperanza, más grande que la fe, es la única cosa que Dios exige de nosotros, y en cuya posesión está el cumplimiento de todos nuestros deberes.

El sentimiento del deber allana la senda de nuestra vida. Nos ayuda a conocer, a aprender y a obedecer. Nos comunica el poder para vencer las dificultades, de resistir a las tentaciones, de hacer aquello en que nos empeñamos, de hacernos honrados, benévolos y leales. La experiencia toda nos demuestra que llega-

mos a ser aquello que nosotros mismos nos hacemos. Luchamos contra las inclinaciones de hacer el mal, luchamos a favor de la inclinación de practicar el bien, y poco a poco llegamos a ser aquello que queremos. El esfuerzo de cada día hace más fácil la lucha. Cosechamos según lo que hemos sembrado.

El verdadero medio para sobresalir en cualquier esfuerzo, es proponerse la imitación del modelo más brillante y perfecto. Nos hacemos mejores con sólo procurarlo, y aunque quedemos lejos de la perfección. El carácter influye siempre. Podrá haber poca cultura, débiles aptitudes, ninguna fortuna, ninguna posición social, pero si hay carácter puro, de buena ley, tendrá influencia y se asegurará el respeto. El filo de nuestras facultades es rara vez gastado por el uso, pero con mucha frecuencia se embota por la dejadez. Solamente el celo y la laboriosidad son los que dan belleza y esplendor a la vida humana.

«Yo sé perfectamente—dijo Perthes—, que una imaginación pronta es la sal de la vida terrenal, sin la cual sólo es un esqueleto la Naturaleza; pero, cuando más elevado es el don, tanto mayor es la responsabilidad.» A un joven díjole: «Seguid adelante con esperanza y confianza; éste es el consejo que os da un anciano, que ha tenido su parte completa en la carga y el calor de la jornada de la vida. Siempre debemos hallarnos de pie, suceda lo que quiera, y para este fin debemos entregarnos contentos a las variadas influencias de esta vida multicolor... El tener la conciencia de que esta vida mortal no es sino el camino hacia una meta más elevada, no estorba en modo alguno que la usemos constantemente; y, a la verdad, así debemos hacerlo, pues de lo contrario nos faltará en absoluto la energía en la acción.»

La juventud es la época del crecimiento y del movimiento. Es la primavera del hombre. Entra el joven en el mundo y pone de manifiesto su vida bajo muy diversas formas. Donde ha sido debidamente cuidado por sus padres y ha llenado su alma con un elevado concepto de la dignidad personal de la estimación humana, tiene que mantener el honor de ellos y no hacer cosa alguna de que pudieran avergonzarse si lo viesan. Deberá conservar viva una profunda gratitud por aquellas honradas personas que le han transmitido una reputación inmaculada que representa siglos de trabajo y de buena conducta. «Mostraos dignos de vuestros padres» decía Periandro, uno de los siete sabios de Grecia. Las virtudes de sus generosos trabajos son una imagen de los muertos; lo que conserva brillante su honor, así en las familias como en los hombres, es la inmutable perseverancia. Pero si el espíritu y el corazón del joven no han sido cultivados y no aparecen retoños de esperanza, miramos hacia su virilidad con desesperación y desaliento.

Las palabras y los ejemplos siempre hacen variar a los jóvenes y los influyen para el bien lo mismo que para el mal. Porque nada, ni siquiera una palabra o un ejemplo, se pierde o se olvida nunca. No podemos cometer un agravio sin que le siga un castigo bien cerca de sus talones. Cuando quebrantamos una ley de eterna justicia, repercute por todo el mundo. Las palabras y las acciones podrán ser tenidas por cosas ligeras; sin embargo, no son provisionales, sino eternas. Una palabra vana o mala nunca muere. Puede volverse contra nosotros en el porvenir, veinte años, cien años más tarde, mucho después que hayamos muerto. «De toda palabra vana que digan los hombres—dice San Mateo—, tendrán que dar cuenta en el día del juicio; porque por tus palabras serás justificado y por tus palabras serás condenado.»

Las malas acciones y los malos ejemplos tienen idéntica resurrección. Nunca mueren, sino que siempre influyen. Se transmiten como una herencia. La memoria de una vida no se acaba con la vida misma. Lo que se ha hecho queda, y nunca puede ser deshecho. Dijo Tomás de Malmesbury: «No hay acción alguna del hombre en esta vida que no sea el principio de una cadena tan larga en consecuencias, que ninguna providencia humana es lo bastante elevada para darnos una perspectiva de su fin.» «Todo átomo impregnado con el bien o el mal—dice Babbage—, retiene en el acto los movimientos que los filósofos y los sabios le han dado, mezclado y combinado de mil maneras, con todo lo que es indigno y bajo. El aire mismo es una vasta biblioteca, en cuyas páginas está escrito *para siempre* todo aquello que el hombre dice alguna vez, murmura o hace.»

De consiguiente, toda palabra, pensamiento y hecho tienen su influencia sobre el destino del hombre. Toda existencia, bien o mal empleada, lleva consigo un largo séquito de consecuencias que se extienden a través de generaciones no nacidas todavía. Todo esto está calculado para fijar en el ánimo del hombre un sentimiento profundo de responsabilidad unida a todos sus pensamientos, sus palabras y sus acciones. «He leído un discurso—dice el doctor Chalmes—titulado: «Los últimos momentos del conde Rochester», y, al leerlo, quedé profundamente sorprendido con la convicción de cuánto mal puede difundirse por medio de un folleto pernicioso.»

Pero los libros malos son peores que las palabras malas. A semejanza de las malas acciones modelan el pensamiento y la voluntad de generaciones futuras. El libro impreso vive cuando el autor es polvo y ceniza. El autor malo vive para siempre en su raza. Su libro prosigue diseminando el vicio, la inmoralidad y el ateísmo. «El arte de imprimir—dice Federico Schlegel—,

que en sí mismo es uno de los más gloriosos y útiles, ha sido prostituido por la circulación rápida y universal de venenosos discursos y libelos. Ha producido una afluencia perjudicial de escritos despreciables y superficiales, igualmente contrarios al sano criterio y a la pureza del gusto; un mar de frívolos conceptos y de ruidosas tonterías, sobre el cual es arrastrado de aquí para allá el espíritu del siglo, no sin peligro grande y frecuente de perder completamente de vista el compás de la reflexión y la estrella polar de la verdad» (1).

Y en otro lugar: «Aislados ya estos hombres por las opiniones, están separados entre sí aún más por los intereses. La codicia es su alma. ¿Quién, de entre ellos, tiene una familia, una patria? Cada uno se tiene a sí mismo y nada más.»

«Los sentimientos generosos, el honor, la fidelidad, la consagración, todo aquello que acostumbraba hacer latir vigorosamente el corazón de nuestros antepasados, les parecen sonidos huecos. Calcular es el único asunto de estos hombres. La conciencia es una sorpresa y un escándalo.»

De este modo argumenta Schlegel sobre la responsabilidad de los autores. Ellos son responsables del bien que hacen, lo mismo que del mal que inculcan. El libro leproso penetra en nuestras bibliotecas, penetra en nuestros hogares. Los libros podrán ser escritos con mucha habilidad. El estilo atrae al lector; sin embargo, pueden estar llenos de pensamientos perversos. Ya lo dijo Burke, que: «El vicio pierde la mitad de su mal cuando pierde su grosería.» Pero ésta es una idea perjudicial. La grosería podrá indignarnos, pero las abominaciones encubiertas, vestidas con brillante fraseología, pueden penetrar más hondamente en nuestros espíritus. Ved, por ejemplo, la novela escrofulosa que leen las señoritas: está escrita con brillante estilo, a pesar de estar llena de impudencia, de impureza y de veneno moral. Frecuentemente principia con un asesinato y acaba con la lascivia y el adulterio; como si el propósito de estos autores fuera poner de manifiesto la cancerosa podredumbre de la vida. Los más dañinos de todos estos incrédulos escritores de novelas son mujeres inglesas.

Por lo demás, ahí está el libro que lo mantiene a uno en un estado de constante risa, signo seguro de un cerebro hueco. La cháchara nociva, la mofa de lo bueno, el elogio de lo malo, son un horroroso espectáculo. ¡Cuán diferente del buen libro y de la novela buena! No el libro *meloso*, sino el libro que inspira sinceridad, pureza y valor. Lockhard dijo de su suegro Scott: «En cierto modo nos podemos imaginar la deuda que debemos a una

(1) *Historia de la literatura*, II, 33.

sucesión perpetua de libros, durante treinta años de publicación, que no han tenido igual por el encanto y que todos han inculcado un código sublime y saludable; un espíritu que vigoriza y sostiene; el desprecio de las pasiones bajas, ya fuesen vengativas o voluptuosas; la caridad humana, como distinta del relajamiento moral o de la austeridad que carece de simpatía; la sagacidad demasiado profunda para el cinismo, y la ternura que nunca degenera en el sentimentalismo, animado siempre en el pensamiento, la opinión, el sentimiento y el estilo, por un principio único, puro y enérgico, una medula y sabor de virilidad; dirigiéndose constantemente a lo que es bueno y leal en nuestras naturalezas, y censurando todo lo que es bajo y egoísta.»

El elogio es grande, mas es merecido. Cuando fué felicitado sir Walter Scott, en la última época de su vida, por el doctor Cheney, sobre la pureza de sus obras de ficción, le respondió: «Me voy aproximando al término de mi carrera. Estoy saliendo rápidamente de la escena. Tal vez sea yo el autor que más haya producido en mi tiempo, y es para mí un consuelo pensar que jamás he intentado turbar la fe de nadie, ni corromper ningún principio, y que nunca he escrito cosa alguna que en mi lecho de muerte quisiera borrar.»

Otro tanto se podría decir de Carlos Dickens. Fué el apóstol del pueblo. «He leído la mayor parte de las obras de Dickens—dijo el obispo de Manchester—y, hasta donde yo puedo recordar, no hay ni una sola página, ni una sola frase, empañada por una impureza o algo que pudiera sugerir un pensamiento bajo o vicioso. Creo que la literatura de que fué autor, ha estado llena de resultados de incalculable beneficio para nuestro pueblo. Nos ha hecho ver verdaderas virtudes sencillas bajo una exterioridad inculta. Nos ha enseñado las grandes lecciones de la simpatía cristiana; y si bien en todas las cosas no es Carlos Dickens lo que nosotros hubiéramos deseado, o lo que él hubiera podido ser, no somos, sin embargo, sus jueces. Desconocemos las circunstancias de prueba por que ha atravesado su existencia. Pero Inglaterra tiene una deuda de gratitud para con su gran novelista, por lo que ha contribuido a elevar y purificar la vida humana donde más necesita de elevación y purificación.»

El libro bueno, lo mismo que el libro malo, vivirá mucho aun después que el autor haya muerto. Un libro que haya sido escrito hace dos mil años, puede fijar el objetivo de una vida. El recordado sentimiento del muerto puede llamar la atención y transformar el carácter. Por otra parte, los libros viciosos siguen levantando su voz e incitan a los jóvenes a realizar actos

vergonzosos y criminales. Los autores hablan desde sus sepulcros y esparcen el contagio y la infamia por todo el mundo.

Un libro es una voz que vive. Es un espíritu que marcha a la faz del mundo. Prosigue siendo el pensamiento vivo de una persona separada de nosotros por el espacio y por el tiempo. Los hombres pasan; los monumentos se derrumban transformándose en polvo. Lo que queda y sobrevive es el pensamiento humano. ¿Qué es Platón? Hace muchísimo que está convertido en polvo, pero aun sobreviven sus pensamientos y sus obras.

Los libros malos son un veneno moral que continúa diseminando el mal. *Littera scripta manet*. Los autores dañinos, aun cuando estén en sus tumbas, asesinan las almas de los que les sobreviven de generación en generación. El libro bueno es un tesoro vivo, mientras que el libro malo es un espíritu que tortura. El libro bueno enseña la rectitud, la verdad, la bondad; mientras que el libro malo enseña el vicio, el egoísmo y la irreligión. Los autores mueren, pero sus obras continúan viviendo.

Una idea como ésta debiera influir profundamente en los autores respecto de las responsabilidades imperecederas de la literatura.

Un amigo íntimo de Wordsworth ha escrito de este modo sus recuerdos del poeta: «La última vez que le vi estaba bajo el peso de un pesar de familia y empezaba a estar agobiado por las dolencias de una edad avanzada.» «Fuere lo que fuese—dijo—lo que el mundo pueda pensar de mí y de mi poesía, es ahora de escasa importancia; pero hay algo que me sirve de gran consuelo en mi avanzada edad: que ninguna de mis obras, escritas desde los primeros años de mi juventud, contiene una línea que anhele yo borrar, porque haya adulado las bajas pasiones de nuestra naturaleza. Esto—añadió—es un consuelo para mí; no puedo causar mal alguno con mis obras cuando haya dejado de existir.»

Antes de acabar este capítulo, daremos una fábula del ruso Krilof, que ha sido útil en más de una ocasión a los escritores. Se titula: «El autor y el ladrón.»

«En el tenebroso reino de las sombras comparecieron dos pecadores ante los jueces para ser juzgados a la vez. El uno era un ladrón, que acostumbraba arrancar contribuciones en los caminos reales, y, por último, había ido a parar a las galeras; el otro era un autor, cubierto de gloria, que había infiltrado un veneno sutil en sus obras, había hecho progresar el ateísmo y predicado la inmoralidad, siendo, a semejanza de las sirenas, de dulce voz, y, como las sirenas, peligrosísimo. En el Averno son rápidos los procedimientos judiciales; no existen tardanzas inútiles. La sentencia fué pronunciada acto seguido. Dos pesadas

calderas de hierro fueron suspendidas en el aire por dos tremendas cadenas igualmente de hierro ; en cada una de ellas fué metido uno de los pecadores. Debajo de la del ladrón se amontonó una gran cantidad de leña, y después le prendió fuego una de las furias, encendiendo una hoguera tan espantosa, que principiaron a crujir hasta las mismas piedras del techo de las infernales galerías. La sentencia del autor no parecía ser muy severa. Debajo de él, al principio, apenas ardía un pequeño fuego ; pero cuanto más ardía tanto más grande iba haciéndose.

»Ya habían pasado siglos, pero el fuego no se había apagado todavía. Debajo del ladrón hace muchísimo tiempo que se ha extinguido la llama ; debajo del autor crece cada hora más y más. Viendo que no había disminución para sus tormentos, dijo a gritos el autor que no había justicia entre los dioses ; que él había llenado el mundo con su fama, y que si había escrito demasiado libremente, había sido castigado en demasía por ello ; que no creía haber pecado más que el ladrón. Entonces surgió ante él una de las hermanas infernales, con todos sus adornos de serpientes que silbaban entre sus cabellos y con sangrientas disciplinas en las manos.

»¡ Miserable ! — exclamó —, ¿reconvienes a la Providencia ? ¿Te comparas al ladrón ? Su crimen es nada en comparación del tuyo. Solamente mientras vivió lo hicieron dañoso su crueldad y sus desórdenes. ¡ Pero tú ! hace muchísimo que tus huesos se han convertido en polvo ; no obstante, nunca sale el sol sin alumbrar nuevos males de los que eres causa. El veneno de tus escritos no solamente no se debilita, sino que, extendiéndose por otras partes, se empeora con el rodar de los años. Mira allí — y por un momento hizo que pudiera ver sobre el mundo —, mira tus crímenes, la miseria de que eres causa. Contempla a esos hijos que han llevado a la vergüenza a sus familias, que han reducido a sus padres a la desesperación. ¿ Por quién fueron corrompidos sus cabezas y sus corazones ? Por ti. ¿ Quién se esforzó en separar los lazos de la sociedad, ridiculizando como locuras infantiles todas las ideas sobre la santidad del matrimonio y el derecho de la autoridad y de la ley, haciéndolas responsables de todas las desventuras ? Tú fuiste. ¿ No dignificaste la irreligión con el nombre de ilustración ? ¿ No presentaste al vicio y a la pasión desde el punto de vista más encantador y atractivo ? Y ahora mira todo un país pervertido por tu labor ; está lleno de asesinatos y de robos, de luchas y de rebeliones, y va conducido por ti a su ruina. Tú eres responsable de cada gota de sangre y de cada lágrima que ese país vierte. ¿ Y ahora te atreves a lanzar al ros-

tro de los dioses tus inicuas blasfemias ? ¿ Cuánto mal no tienen que producir aún en el mundo tus libros ? Sigue, pues, padeciendo ; porque aquí será la medida de tu castigo igual a tus merecimientos. » Así habló la encolerizada furia ; y cerró con estruendo la tapa de la caldera » (1).

(1) *Kriloj y sus fábulas*, por W. R. S. RALSTON, doctor en filosofía.